

EL SUEÑO DEL PONGO

(José María Arguedas)

PERSONAJES

SEÑORA

PONGO

Una mujercita pequeña de cuerpo, miserable de ánimo, débil, todo lamentable; sus ropas viejas, entra temerosamente a la casa-hacienda de sus patronos. Es la nueva sirvienta.

La SEÑORA, esposa del patrón de la hacienda, que está sentada en su trono o silla no puede contener la risa al escuchar a la mujercita musitar un saludo aterrado al entrar al comedor de la residencia.

SEÑORA—. (*Tratando de contener la risa*) Eres gente o qué cosa.

(Humillada, la muchacha no contesta y atemorizada, con los ojos helados, se queda de pie)

SEÑORA—. ¡A ver! Por lo menos sabrás lavar ollas, siquiera podrás manejar la escoba, con esas manos que parecen que no son nada.

PONGO—. (*Muda de pánico*)

SEÑORA—. (*Apuntando a unos platos sucios*) ¡Llévate esta inmundicia!

La PONGO se arrodilla y besa las manos a la patrona y, luego de recoger una gran pila de platos sucios, se dirige hacia la cocina.

SEÑORA—. (*Hacia el público, pensativa.*) La mujercita tiene el cuerpo pequeño, pero tiene fuerzas como las de un hombre común. Bien... Todo cuanto le ordene lo hará, y lo hará bien. La cocinera mestiza me dijo que es huérfana de huérfanos; hija del viento, de la luna, debe ser el frío de sus ojos, el corazón, pura tristeza... (*Pausa larga.*) Quizá a causa de tener esa expresión de espanto y por su ropa tan haraposa y acaso, también, porque no quiere hablar, no puedo evitar sentir un especial desprecio por esta muchacha... Al anoecer cuando los siervos se reúnan para rezar el Ave María, en el corredor de esta casa-hacienda, a esa hora, martirizaré siempre a esta

pongo, delante de toda la servidumbre; la sacudiré como a un trozo de pellejo. (*Hacia la cocina*)
¡Pongo, ven acá!

Al verla entrar en el comedor, la empuja de la cabeza y la obliga a que se arrodille y, así, cuando ya está hincada, le da varios golpes suaves en la cara.

SEÑORA—. Creo que eres perro. ¡Ladra!

La mujercita parece no entender, no sabe ladrar.

SEÑORA—. Ponte en cuatro patas.

La PONGO obedece, y con gracia, da unos pasos en cuatro pies.

SEÑORA—. Trota un poco, como perro.

La muchacha sabe correr imitando a los perros pequeños de la puna. La patrona ríe de muy buena gana; la risa le sacude todo el cuerpo.

SEÑORA—. (*Al ver que la muchacha alcanza trotando el extremo del gran comedor*) Corres bien, perro. ¡Regresa!

La PONGO vuelve, corriendo de costadito. Llega fatigada.

SEÑORA—. ¡Alza las orejas ahora, vizcacha! ¡Vizcacha eres! Siéntate en dos patas; empalma las manos.

Tal como una vizcacha, la PONGO imita exactamente la figura de uno de estos animalitos, cuando permanecen quietos como orando sobre las rocas. Pero aunque lo intenta, no puede alzar las orejas. Golpeándola con la bota, sin patearle fuerte, la patrona derriba a la mujercita sobre el piso de ladrillo del comedor.

SEÑORA—. Recemos el Padre Nuestro.

La muchacha se levanta de a pocos, y no puede rezar porque se siente humillada.

SEÑORA—. ¡Vete, india!

SEÑORA—. (*Hacia el público, con orgullo*) Y así, todos los días, la haré revolcarse delante de todos. Porque es mi pongo. La obligaré a reírse, a fingir llanto. La entregaré a la mofa de sus

iguales, los colonos.

Vuelve a entrar la PONGO. Su rostro sigue un poco espantado y se dirige a su patrona.

PONGO—. (*Titubeando*) Gran señora, dame tu licencia, madrecita mía, quiero hablarte.

SEÑORA—. (*Se da media vuelta sin estar segura de haberla escuchado*) ¿Qué? ¿Tú eres quien ha hablado, o hay alguien más aquí?

PONGO—. Es a ti a quien quiero hablarte, mamacita.

SEÑORA—. Habla, pues... si puedes ¿Siquiera sabes hablar bien castellano?

PONGO—. Madre mía, señora mía, corazón mío, soñé anoche que habíamos muerto las dos, tú y yo juntas; juntas habíamos muerto. Y quiero contarte el sueño.

SEÑORA—. ¿Conmigo? ¿Tú sueñas? Cuenta todo, india.

PONGO—. Como estábamos muertas, señora mía, aparecimos desnudas las dos juntas, desnudas ante nuestro Gran Padre San Francisco.

SEÑORA—. (*Entre enojada e inquieta por la curiosidad*) ¿Y después? ¡Habla!

PONGO—. Viéndonos muertas, desnudas, juntas, nuestro Gran Padre San Francisco nos examinó con sus ojos que alcanzan y miden no sabemos hasta qué distancia. A ti y a mí nos examinaba, pesando, creo, el corazón de cada una y lo que éramos y lo que somos. Como mujer rica y grande, tú enfrentabas esos ojos, madre mía.

SEÑORA—. ¿Y tú?

PONGO—. No puedo saber cómo estuve, gran señora. (*Pausa.*) Yo no puedo saber lo que valgo.

SEÑORA—. Bueno, sigue contando entonces.

PONGO—. Después nuestro padre dijo con su boca: (*recitando e imitando una gran voz*) "De todos los ángeles el más hermoso que venga. A ese incomparable que lo acompañe otro pequeño que sea también el más hermoso. Que el ángel pequeño traiga una copa de oro, y la copa de oro llena de la miel más transparente que haya en la tierra".

SEÑORA—. (*Impaciente.*) ¿Y entonces?

PONGO—. Dueña mía, apenas nuestro gran Padre San Francisco dio la orden, apareció un ángel brillante, alto como el sol; vino hasta llegar delante de nuestro Padre caminando despacio. Detrás del ángel mayor marchaba otro pequeño, bello, de luz suave, como el resplandor de las flores. Traía en las manos una copa de oro.

SEÑORA—. (*Intrigada*) ¿Y entonces?

PONGO—. (*Con voz sonora, otra vez:*) "Ángel mayor: cubre a este caballero con la miel que está en la copa de oro; que tus manos sean como plumas cuando pasen sobre el cuerpo del hombre", diciendo, ordenó nuestro Gran Padre. Y así, el ángel excelso, levantando la miel con sus manos, enlució tu cuerpecito todo, desde la cabeza hasta las uñas de los pies. Y te erguiste, sola; en el resplandor del cielo la luz de tu cuerpo sobresalía, como si estuviera hecho de oro, transparente.

SEÑORA—. (*Sonriendo de placer*) Así tenía que ser, ¡así tenía que ser!... ¿Y a ti?

PONGO—. Cuando tú brillabas en el cielo, nuestro Gran Padre San Francisco volvió a ordenar: "Que de todos los ángeles del cielo venga el que menos vale, el más ordinario. Que ese ángel traiga en un tarro de gasolina excremento humano".

SEÑORA—. ¿Y entonces?

PONGO—. Un ángel que ya no valía, viejo, de patas escamosas, al que no le alcanzaban las fuerzas para mantener las alas en su sitio, llegó ante nuestro Gran Padre; llegó bien cansado, con las alas chorreadas, trayendo en las manos un tarro grande. "*Oye viejo embadurna el cuerpo de este hombrecito con el excremento que hay en esa lata que has traído; todo el cuerpo, de cualquier manera; cúbrelo de mierda como puedas. ¡Rápido!*". Entonces con sus manos nudosas, el ángel viejo, sacando el excremento humano de la lata me cubrió desigual, el cuerpo, así como se echa barro en la pared de una casa ordinaria, sin cuidado. Y aparecía avergonzado, en la luz del cielo, apestando.

SEÑORA—. (*Pensativa*) Así mismo tenía que ser... ¡Continúa! ¿O todo concluye allí?

PONGO—. No, madrecita mía, señora mía. Cuando nuevamente, aunque ya de otro modo, nos vimos juntas, las dos, ante nuestro Gran Padre San Francisco, él volvió a mirarnos, también nuevamente, ya a ti ya a mí, largo rato. Con sus ojos que colmaban el cielo, no sé hasta qué honduras nos alcanzó, juntando la noche con el día, el olvido con la memoria, y luego dijo: "Todo cuanto los ángeles debían hacer con ustedes ya está hecho. Ahora ¡lámanse el uno al otro! Despacio, por toda la eternidad. ¡Lámanse!". (*Telón.*)